



Capítulo 559: ¿Quieres traer mi Lamborghini?

La noche de Las Vegas latía con luces doradas de neón, reflejándose en las fachadas de los casinos como si la ciudad misma fuera un escenario de los mayores pecados de la humanidad. El aire olía a cigarrillos, alcohol caro y promesas incumplidas. Y en el centro de esta escena, saliendo por la puerta principal del casino, estaba él.

Vergil.

En sus brazos estaban las dos joyas que lo habían acompañado esa noche: Kaguya, la emperatriz lunar de cabello plateado que brillaba como seda bajo la luz artificial, y Alexa, la princesa hombre lobo, con su mirada salvaje y curvas moldeadas para la tentación.

A ambos lados, uno de ellos se aferró a él y los dos intercambiaron púas silenciosas.

"Tú eres quien dijo 'nosotros,' ¿recuerdas?" Alexa gruñó y sus labios carnosos se curvaron formando una sonrisa irritada. "Como si fuera natural compartirlo conmigo."

Kaguya inclinó la cabeza, su voz suave y aguda como el cristal. "No seas infantil." Virgilio no pertenece a nadie, pero si es así, es a mí. Ya te lo dije.

"Sólo existes porque él te dejó", espetó Alexa, presionando el brazo de Virgilio contra sus pechos. "No necesita una reina arrogante."



La mirada roja de Kaguya brilló y por un momento pareció como si toda la luna hubiera descendido sobre Las Vegas sólo para aplastar a Alexa.

"¿Y crees que una pequeña perra celosa puede reemplazarlo?" La emperatriz susurró, su tono venenoso.

Vergil simplemente sonrió. Esa sonrisa perezosa y peligrosa que hizo que el aire se volviera más espeso. Podía sentir sus cuerpos presionados contra los brazos del otro, la tensión entre ellos vibraba como cuerdas a punto de romperse.

Estaba delicioso.

"Chicas, chicas..." dijo suavemente, con su voz profunda reverberando como música. "Pensé que quería una noche tranquila. Pero ustedes dos me están dando un mejor espectáculo que cualquier espectáculo en el casino."



Los dos lo miraron fijamente simultáneamente, como si sólo en ese instante hubieran recordado que estaban en su presencia. La cara de Alexa se sonrojó ligeramente, pero no aflojó el agarre. Kaguya, por otro lado, simplemente levantó la barbilla con el frío orgullo de una emperatriz.

Virgilio se sentía como si estuviera en un trono. Una rienda en cada mano, guiando dos fuerzas que podrían devorar a cualquier hombre. Pero él no era un hombre cualquiera.

Caminaron por la alfombra roja de la entrada del casino, pasando junto a las curiosas miradas de jugadores, guardias de seguridad y turistas borrachos. El trío era imposible de ignorar: la imponente figura de Virgilio, flanqueada por dos bellezas antagónicas, una con un aura salvaje y la otra con una majestuosidad etérea.



Pero cuando se acercaron a la calle, Virgilio sintió algo.

Un peso en el aire.

No necesitaba ver para saber. Su percepción, agudizada más allá de los límites humanos, captó decenas de presencias.

Agentes.

Moviéndose rápidamente, con pasos calculados. Hombres y mujeres con trajes oscuros, armas ocultas, mirando fijamente. No sólo Interpol. FBI también.

"Hm," Murmuró Virgilio, con su mirada azul parpadeando. "Parece que la fiesta se está haciendo más grande de lo que había planeado."



Kaguya levantó una ceja y se dio cuenta también. Alexa gruñó suavemente, instintivamente protectora.

"No te preocupes," dijo Vergil, con la calma de alguien que ya había previsto el resultado. "No tienen el coraje de disparar."

Fue en ese momento, distraído entre las dos mujeres, que sucedió.

Virgilio dio un paso adelante y, sin darse cuenta, chocó con la figura que tenía delante.

Una mujer.



Sólo se dio cuenta cuando su hombro chocó ligeramente con el de él. El tacto era frío. Demasiado frío para el desierto de Nevada.

Virgilio miró hacia arriba.

Y encontró su mirada.

Ojos verdes. Esmeraldas, afiladas como cuchillas, lo miraban fijamente con la promesa de la muerte. No hubo sorpresa, ni miedo, ni siquiera ira. Sólo esa mirada que decía, sin palabras: Te voy a matar.

El tiempo parecía detenerse.

El corazón de Alexa se aceleró. Kaguya entrecerró los ojos y apretó los dedos sobre el brazo de Vergil.

Y entonces el grito resonó.

"¡ALÉJATE DE ELLA!"

La voz atravesó la noche como una sirena.

Vergil giró la cabeza lo suficiente para ver, entre la multitud, a Natasha.

La directora de Interpol, pálida, con el cuerpo todavía temblando por la presión que había soportado minutos antes, corría ahora hacia él. Su chaqueta estaba despeinada, su cabello suelto de su moño perfecto, pero sus ojos ardían de desesperación y autoridad.



"¡ES HELA!" Ella gritó de nuevo. "¡ALEJATE DE ELLA!"

El grito de Natasha todavía resonaba cuando el mundo parecía oscurecerse por un segundo, no por falta de luz, sino por el shock: Hela estaba allí, de pie entre los transeúntes, una figura de seda negra con una mirada penetrante que debió permanecer sólo en leyendas y susurros. Vergil sintió instintivamente el peso de esa presencia —parecía absorber el calor del aire circundante, e incluso las luces de neón parpadeaban, como si se sintieran ofendidas.

Pero luego miró a su alrededor con su habitual y divertido desdén. Los agentes de traje hacían su trabajo con fría eficiencia —cordones humanos que mantenían a raya a los espectadores, guardias de seguridad guiaban a los turistas hacia las salidas laterales, algunos coches de policía bloqueaban las calles, mientras hombres y mujeres con insignias y auriculares coordinaban la evacuación. En un radio que Vergil pudo evaluar en un abrir y cerrar de ojos, Interpol ya había evacuado a civiles: cinco cuadras, paradas de taxis vaciadas, nada más que profesionales y sombras.



"Buen trabajo," murmuró, más para sí mismo que para cualquier otra persona. Fue casi complacencia: un escenario claro para los personajes reales.

Kaguya contuvo la respiración entre los dientes y sus ojos rojos brillaban como brasas. Alexa gruñó suavemente como advertencia. Ambos habían sentido el cálculo detrás del movimiento de las fuerzas que los rodeaban— y sabían que a Vergil siempre le gustaba explotar incluso el miedo de los demás.

Hela, por su parte, no parecía cómoda—era una lectura nueva. Incluso con su sonrisa, había un temblor casi imperceptible en la mano que sostenía la taza. Algo en su mirada cambió cuando vio a Interpol transformar la Franja en un cuadrángulo exclusivo. Virgilio se dio cuenta y sonrió.



Pasos lentos. Hizo un gesto de disculpa casi teatral, mirando a la diosa como si la hubiera chocado accidentalmente en algún pasillo.

"Lo siento, señorita", dijo con voz tranquila, sin inclinarse, con la misma manera educada que alguien cruza una habitación. "No fue mi intención."

Hela arqueó una ceja y su sonrisa ahora era tan fría que podría haber cortado el vidrio. Pero antes de que pudiera responder con lo que inicialmente fue una respuesta mordaz, Vergil ya se estaba alejando, con las manos en los bolsillos del traje y las dos mujeres todavía literalmente aferradas a sus brazos.

Caminó unos pasos. Él se detuvo. Suspiró —no de agotamiento, sino de pura diversión— y luego se giró con la lentitud calculada de alguien que se preparaba para dar una orden que desarma y humilla al mismo tiempo. Caminó de regreso hacia Natasha, la directora de Interpol, que todavía respiraba con dificultad, con el rostro morado por el esfuerzo de mantener la disciplina.



Los agentes circundantes levantaron reflexivamente sus armas, con los ojos bien abiertos, listos para cualquier señal.

Vergil se acercó lo suficiente como para que el olor de su collar entrara en su campo de visión. Sus ojos azules ardían con una paciencia que ya no era paciencia, sino un juego. Habló en voz baja, casi como si estuviera contando un secreto.

"Ya que han evacuado a todos los civiles," dijo, con su sonrisa cantando en su voz, "¿podrías hacerle un favor a este humilde pecador? Envía a uno de tus secuaces del gobierno a buscar mi Lamborghini. El chofer se lo quitó —no tengo idea de dónde lo dejó"